

Disertación del Padre Ismael Quiles, S.J., en la apertura del curso académico de 1990, en el Aula Magna de las facultades de Filosofía y Teología de la Universidad del Salvador, Área San Miguel*

El apostolado intelectual en la Compañía de Jesús

Cuando el R.P. Rector del Colegio Máximo y de las Facultades de Filosofía y de Teología me invitó a tomar a mi cargo la lección inaugural de este curso acepté con especial interés esta oportunidad. Primero porque se trataba de conmemorar los 450 años de la aprobación pontificia de la Compañía de Jesús y, segundo, de los 60 años de la fundación de este Colegio Máximo. A ello se agrega que en el Colegio Máximo inicié mi vida de apostolado intelectual hace 52 años y por ello el tema tiene singular significado para mí.

Cuando me transmitió la invitación el P. Rector, me insinuó que mi exposición tuviese un sentido testimonial, ya que mi actividad ha sido exclusivamente el apostolado intelectual. Permítanme pues, que comience con una breve relación de las experiencias que determinaron en mí esta vocación, que por cierto está muy vinculada, como antes he dicho, con este Colegio Máximo, primero, y con la Universidad del Salvador, después.

Estamos en 1922, comienzo la prueba del noviciado, en la casa histórica de San Francisco de Borja, duque de Gandía y después general de la Compañía. Por supuesto, el maestro de novicios, un espíritu profundamente devoto y con ardiente amor a la Compañía, me impresionó por la fuerza con que insistía, ante todo, en la devoción y el ascetismo propios de la Compañía de Jesús, pero, al mismo tiempo, repetía con intensidad los otros grandes temas de los ejercicios espirituales de San Ignacio, como el de la «generosidad» en el servicio de Cristo, el de ser excelente hasta la «especialidad» en el trabajo que se le encomendaba, la dedicación y constancia, la realización de obras permanentes; recordando el tema de Aristóteles, el mirar siempre al servicio más universal por el bien de las almas y la gloria de Dios. Nos

* Publicada en la revista Stromata, año XLIX, enero-julio de 1993, N° 1/2. Con el objeto de no perder la claridad ni la fuerza de su expresión, se ha querido mantener el estilo coloquial y anecdótico de la exposición.

daba ejemplos de los grandes jesuitas que en circunstancias aparentemente desfavorables se habían señalado en su especialidad alcanzando autoridad internacional. Recuerdo muy bien el del P. Weismann, quien por su enfermedad apenas podía seguir los estudios y, como debía pasar mucho tiempo en el jardín, se dedicó a observar las hormigas, de manera que pudo reconstruir sus costumbres y modo de trabajo.

Debo recordar que durante mi formación, me impresionaron varios de los especialistas en la entonces Provincia de Aragón, como el P. Ferreres en teología moral, el P. Bover en mariología, el P. Palmés en psicología, el P. Rodes en astronomía, Pujiula en biología, Navas en entornología y en la misión de la India, los Padres Heras en historia, Santapau en historia natural y Steller en sánscrito.

En 1932 la República española disolvió la Orden de la Compañía de Jesús en España, los estudiantes tuvimos que emigrar. Mi salud era precaria entonces (cosa a la que me acostumbré toda mi vida), y me enviaron a Argentina para terminar aquí mi formación.

En el Colegio Máximo, apenas a dos años de su fundación, estudié los cuatro años de teología, de los que guardo un agradable y profundo recuerdo, referido en especial, a los profesores y superiores.

Mi vocación hacia el apostolado intelectual se orientó verticalmente entonces. La verdad es que mi interés original era la misión de Bombay, que dependía de la provincia de Aragón, En cuanto a los estudios, eran las ciencias físicas, especialmente la estructura última de la materia. Para ello me había preparado en el año de magisterio que realicé en España, haciendo el bachillerato de ciencias. Cuando hube terminado mi formación planteé mi inclinación para ir a cursar la carrera de ciencias físicas en la Universidad de Buenos Aires, los Padres Provincial y Rector me dijeron que no tenía suficiente salud para seguir una nueva carrera y que mi destino era ser profesor de Filosofía en el Colegio Máximo. En el año 1938 comencé mi docencia.

Encontré el Colegio Máximo ya embarcado en una dirección del apostolado intelectual, con un marcado impulso de universalidad y excelencia. Se habían iniciado las dos publicaciones: «Fascículos de la Biblioteca» y «Stromata», y fui encargado de las publicaciones. Por mí parte impulsé la edición de una serie de estudios y de textos de filosofía

del Colegio Máximo de San Miguel que fueron difundiendo por las diversas casas de estudios de América latina y de España.

En 1940 organicé la «Muestra bibliográfica de filosofía americana y su posición en la filosofía universal». En 1952 se hizo la Exposición internacional de la filosofía en el s. XX, cuyos catálogos se editaron.¹

Debo, pues, al Colegio Máximo, el haberme prestado el ambiente apropiado para estimular mi apostolado intelectual, que desde un comienzo se fue extendiendo, naturalmente, por América y Europa en los congresos y reuniones internacionales. Fue requerida mi colaboración en las organizaciones internacionales, como la UNESCO, en especial, lo cual me obligó a ampliar mi horizonte de trabajo hasta las culturas orientales, a partir de una misión de la UNESCO en el año 1959.

Reflexión sobre algunos textos

Como es obvio, todos los métodos de apostolado de la Compañía de Jesús se regulan y justifican según el fin propio y peculiar para el que fue fundada. A su vez el fin de la Orden está inspirado por la experiencia espiritual de San Ignacio, cuyo resultado ha quedado explicitado en el libro de los *Ejercicios Espirituales*.²

Estos nos explican el sentido y estilo de la redacción de los otros dos documentos fundamentales: *La Fórmula del Instituto y Las Constituciones*.³

En relación con el apostolado intelectual nos limitamos a recoger algunas citas que nos parecen significativas para comprender la importancia que San Ignacio otorgaba a la preparación intelectual de los jesuitas y al saber superior como medio de apostolado.

1. 1. *La fórmula*, señala el fin: «Servir solamente al Señor y a su Esposa, la Iglesia bajo el Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra», y explicita el fin y los medios de apostolado de la Compañía a continuación: Fundada principalmente para emplearse en la defensa y propagación de la fe y en el provecho de las almas en la vida y doctrina cristiana, sobre todo por medio de las públicas predicaciones, lecciones y cualquier otro ministerio de la palabra de Dios,

de los ejercicios espirituales, la doctrina cristiana de los niños y gente ruda, y el consuelo espiritual de los fieles, oyendo sus confesiones y administrándoles los otros sacramentos. Y, con todo, se emplee en la pacificación de los desavenidos, el socorro de los presos en las cárceles y de los enfermos en los hospitales; y el ejercicio de las demás obras de misericordia, según pareciere conveniente para la gloria de Dios y el bien común.»⁴

En esta larga enumeración de los medios o métodos, noto que en primer lugar pone «por medio de las públicas predicaciones, lecciones y cualquier otro ministerio de la palabra de Dios.» Estos tres «medios» implican el apostolado intelectual, explícito sobre todo en la palabra lecciones».

Al final vuelve *La fórmula* sobre el apostolado de las letras con más fuerza: Porque en realidad este Instituto exige hombres del todo humildes y prudentes en Cristo y señalados en pureza de vida cristiana y en letras.» (n.5)⁵

En *Las Constituciones* dedica toda la parte cuarta al apostolado intelectual con el título «Del instruir en letras y en otros medios».

En el párrafo primero introductorio a los dos capítulos, uno sobre los colegios y otro sobre las universidades, señala como el fin que derechamente pretende la Compañía, «es necesaria doctrina y modo de proponerla» y, por ello, «será de procurar el edificio de letras y el modo de usar de ello para ayudar a más conocer y servir a Dios nuestro Criador y Señor.»

Dedica San Ignacio a los colegios diez capítulos, con precisas orientaciones sobre su finalidad y su estructura, tanto para lo que se refiere a los escolares de la Compañía, como para otros de afuera. No entra en el marco de esta conferencia subrayar el empeño de San Ignacio por este tipo de apostolado. Nos limitamos a expresar que el apostolado cumplido por los colegios ha tenido una trascendencia y sigue teniéndola, verdaderamente imponderable. La historia del aporte de la Compañía de Jesús a la educación por sus colegios es reconocida por los historiadores. Para mí es obvio que el ministerio de los colegios cumple una función como uno de los medios más eficaces y de influencia

universal para la formación humana y cristiana de la juventud, que se expande por toda la sociedad.

En cuanto a las universidades, San Ignacio, a partir del capítulo 11, acentúa el valor de las mismas al señalar: «Se podrá ella estender a tomar assumpto de Universidades, en las cuales se estienda más universalmente este fructo, así en las facultades que se enseñan como en la gente que concurre, y grados que se dan para otras partes con autoridad poder enseñar lo que en éstas bien aprendieron a gloria de Dios nuestro Señor.»⁶

Notamos las dos frases «que el fructo se extiende más universalmente» y «para en otras partes con autoridad poder enseñar».⁷

Hablando en el capítulo 12 de las facultades, es conocida la prioridad que da San Ignacio a la Facultad de teología y la «Sacra Scriptura» siempre exigiendo «muy buenos maestros», y la necesidad de las letras humanas, las lenguas clásicas y las lenguas necesarias o útiles en otras regiones, así como las artes o ciencias naturales que disponen los ingenios para la teología y ello debe ser por «doctos maestros», También la lógica, física y metafísica (cap. 12, n. 1, 2 y 3)⁸.

Este apostolado de la enseñanza de ciencias o el de las universidades debe ser siempre para el solo fin de la Compañía. Por eso termina San Ignacio la cuarta parte repitiendo que siempre «ordenará el General lo que juzgare ser a mayor gloria de Dios y servicio de Dios nuestro Señor y bien universal, que es el solo fin que en ésta y todas las otras cosas se pretende» (cap. 12, n. 8).⁹

Entre los documentos no hemos podido dejar de leer el Decreto 29 de la Congregación general XXXI, en el cual por primera vez aparece una congregación general refiriéndose a la investigación científica. En él se pondera la importancia de este apostolado y se lo considera, «como uno de los ministerios de la Compañía más necesarios. Es un apostolado muy eficaz... conforme con la antigua tradición de la Compañía, y responde plenamente a las recomendaciones, tantas veces reiteradas por los Sumos pontífices». El primer número de este Decreto fortalece las razones del valor de este apostolado. Nosotros aquí solamente podemos recoger la recomendación de que «se realice este trabajo que requiere, en cierto modo todo el hombre», recomienda el decreto a los superiores que cuiden de que los destinados al cultivo de las ciencias se entreguen

primordialmente al trabajo de investigar, estudiar y escribir. Abunda el decreto en expresiones que señalan la naturaleza o importancia de este apostolado, que en cierta manera fundamenta con su autoridad las verdades cristianas y permite responder a las objeciones que a veces, algunos científicos o pensadores, presentan ante la doctrina o moral cristiana. El apostolado intelectual ha sido descrito por el P. Arrupe en una carta a toda la Compañía, donde aparecen las diversas modalidades. «Me refiero tanto al apostolado que se ejerce mediante actividades intelectuales como al apostolado entre los intelectuales, Pienso en nuestros profesionales de las ciencias, la investigación, la reflexión, la literatura o el arte, en los dedicados a tareas docentes o formativas, en nuestros publicistas, aun en el nivel de vulgarización. Y cuando digo intelectuales aludo a los pensadores, investigadores, hombres de ciencia, a los profesionales de cualquier actividad típicamente intelectual. Abarco también el mundo de los jóvenes que se preparan intelectualmente, sobre todo en los niveles superiores, aunque el adiestramiento intelectual comience ya en la segunda enseñanza.»¹⁰

Es fácil señalar que el apostolado intelectual se ejercita de múltiples maneras, distinguiendo diversos niveles según la profundidad del trabajo intelectual, desde la vulgarización hasta la más alta investigación.

Cuando Ignacio comenzó a difundir las enseñanzas de los Ejercicios Espirituales surgieron sospechas acerca de esta nueva forma de enseñar la vida cristiana y la Inquisición detuvo a Ignacio para tomarse tiempo de examinar el libro y dar su sentencia. Al final los jueces de la Inquisición de Salamanca lo dejaron en libertad reconociendo que nada había de heterodoxo en la doctrina, pero en la sentencia le prohibían que definiese lo que era o no pecado «sin haber estudiado antes 4 años».¹¹ Ignacio no poseía la base de los estudios universitarios y por eso no autorizaban que definiese en materia moral, lo cual limitaba su predicación. Ignacio dijo que obedecería mientras estaba en jurisdicción de la Inquisición de Salamanca, pero tomó una decisión definitiva para el resto de su vida; la de ir a París para estudiar en la Sorbona las artes que le permitiesen enseñar con autoridad de maestro.

Es fácil ver aquí la raíz de la vocación al apostolado intelectual en San Ignacio y por eso dedicó todo el tiempo necesario para su

preparación filosófica y teológica. Y luego, al fundar la Compañía de Jesús, puso la excelencia en las Letras como condición de su apostolado «para servir mejor a la Iglesia y a Cristo su Señor». En esto «se determinó (Ignacio) de ir a París a estudiar». Se originó el carácter que Ignacio imprimió a su orden, vocación de apostolado intelectual. No es extraño que después, en las Constituciones, dedicara los importantes capítulos a los colegios y a las universidades y que los 16 años que estuvo al frente de la Compañía desarrollara una interesante actividad a la preparación excelente intelectual de los jesuitas y la promoción de colegios y universidades para los cuales él exigía la misma excelencia de los Colegios de la Universidad de París.

Impresiona profundamente ver que, en los 16 años que estuvo al frente de la Orden, con tantas obligaciones urgentes y graves de escribir las Constituciones, de dirigir la Universal Compañía, de atender los pedidos que le llegaban de todas partes de jesuitas, hubiera podido dedicar tanta atención hasta fundar 46 Colegios. Ya en 1546 estaba entusiasmado con la fundación del Colegio y Universidad de Gandía. Pronto seguirían otros, y en 1548 ante el éxito del reciente Colegio Romano, fundó los Colegios de Messina y Palermo. Y por cierto que este último recomendaba que estuviera abierto para que el fin fuera más universal. Textualmente lo consideraba como «Colegio universal o de todas las naciones». ¹² Es emocionante la amplitud de horizonte de San Ignacio que ya mostraba tan explícitamente.

Su eminente historiador García Villoslada llega a la conclusión que la Compañía nació como orden misionera, pero pronto se convirtió en orden docente. ¹³

No es raro que, con este espíritu, la tradición ulterior de la Compañía se caracterizara por una dedicación intensa al apostolado de los colegios y al cultivo de las ciencias, para cumplir lo que su fundador había enseñado con su ejemplo y con sus claros preceptos en *Fórmula del Instituto* y en las *Constituciones* de la Orden.

La tradición histórica

Después de recordar algunos de los documentos fundamentales sobre la naturaleza y la importancia del apostolado intelectual en la

Compañía, debemos mencionar la tradición histórica sobre el esfuerzo realizado por la Compañía de Jesús en el campo intelectual, tanto en la formación intelectual de los jesuitas escolares, como en la educación en centros secundarios y universitarios, y finalmente en la promoción de la investigación científica en los diversos campos del saber humano, Historia brillante tanto en lo que atañe a la educación como a la promoción de las ciencias en su difusión e investigación.

En cuanto a la educación, recordemos el valor y la influencia ejercida por la *Ratio studiorum*. reconocida por todos los historiadores de la educación. Citemos, por su carácter clásico, el famoso juicio de Bacon: «Por lo que toca al arte de instruir a la juventud, basta decir: mirad las escuelas jesuitas, ya que no se puede hallar ninguna mejor.»¹⁴

La raíz histórica

La raíz histórica de la vocación del apostolado por medio de la ciencia la encontramos en la experiencia misma de San Ignacio, quien pronto se convenció de que su trabajo apostólico sin el fundamento de las «letras» no podía tener sólida eficacia. Es cierto que la gracia de Dios no está limitada por la acción humana y puede hacer crecer la fe donde y como quiera, pero de suyo se sirve de los instrumentos naturales, de los medios de comunicación y actuación propios de la naturaleza humana.

La experiencia de San Ignacio en Salamanca fue, en este aspecto, decisiva.

Sobre las ciencias deberíamos recordar una larga lista de los científicos jesuitas de estos cuatro siglos y medio, en todos los órdenes de las ciencias. En Argentina, el P. Furlong, brillante por su apostolado intelectual por medio de la historia, nos ha dejado la imagen científica de numerosos jesuitas que sobresalieron en múltiples campos de la ciencia. Verdaderamente es una legión en la cual hay figuras de gran relieve.¹⁵

Refiriéndonos a las matemáticas, su famoso historiador Charles Bossut, entre los 300 matemáticos más eminentes de todas las épocas, incluye nada menos que a 11 jesuitas.¹⁶

Por cierto que entre estos 11 matemáticos jesuitas eminentes, cita Bossut al P. Mateo Ricci, quien además de poseer un elevado nivel

científico, introdujo los conocimientos más avanzados de la ciencia occidental en China a principios del s. XVII. Se trata verdaderamente de una realización admirable del apostolado intelectual propio del jesuita¹⁷. Mateo Ricci llegó a Macao en 1582 con el objetivo de entrar en China lo antes posible. Era esta una empresa ardua entonces para todos los extranjeros. Ricci, ante todo, se dedicó a estudiar el idioma chino, según la consigna que ya San Ignacio legó a todos los que iban a misionar en un país extranjero. Llegó a hablar, leer y escribir el chino con la perfección de los clásicos. Estudió filosofía y cultura china, tradujo al latín y comentó varios de esos clásicos. Además Ricci era un hombre de ciencia, matemático, astrónomo, geógrafo. Llevó consigo instrumentos científicos como atlantes, prismas, anteojos para estudiar el curso de los planetas. Pronto, en 1584, confeccionó el mapamundi donde por primera vez los chinos pudieron apreciar su posición en la tierra. Con buen criterio Ricci puso el imperio chino en el centro del mapa y marcó correctamente sus fronteras. Por cierto, que este mapa ha sido la base sobre la cual China reclama ahora ante Rusia el cambio de fronteras en varios miles de kilómetros. Una nueva edición de este mapa hecha en Pekín, contiene amplias informaciones geográficas con sus respectivas ilustraciones.

En 1601, logró llegar a Pekín como un mandarín o letrado y fue recibido por el emperador, a quien entregó objetos occidentales, como relojes, cuadros e instrumentos científicos y se puso al servicio del emperador como astrónomo, geógrafo y matemático, cosa que el emperador aceptó con gran interés, asignándole una pensión para su mantenimiento. Ricci le manifestó claramente al Emperador su identidad como sacerdote católico y obtuvo su autorización para construir una pequeña capilla. En el lugar en que actualmente está la catedral católica en Pekín, Ricci tuvo su residencia y su capilla. La actual catedral fue la Iglesia de los jesuitas y conserva su estilo típico colonial.

Ricci desarrolló una actividad científica y apologética intensa. Tradujo al chino los 6 primeros libros de la *Geografía de Euclides*, también la *Geometría* del mismo, y varios tratados de los libros clásicos. Compuso y publicó un calendario y diversos tratados de teorías científicas, un libro sobre los Diez Mandamientos y otro de alta apologética que llamó la atención de los letrados chinos sobre el «Verdadero concepto de Dios».

La característica genial de Ricci fue la inculturación del cristianismo en China, interpretando en su verdadero sentido los ritos en honor de los antepasados y del mismo Confucio, como simples expresiones de respeto y de veneración por su dignidad, pero, sin sentido religioso de culto a Dios.

La falta de comprensión de esta realidad dio lugar a la famosa «disputa de los ritos» que detuvo la expansión del cristianismo a fines del s. XVII, cuando ya había alcanzado cerca de un millón de adeptos, muchos de ellos entre los letrados y en la corte imperial.

Ricci cumplió verdaderamente un auténtico apostolado científico. El mismo confiesa «Sólo para propagar el Evangelio he dejado mi casa y mi patria.»¹⁸

Una reflexión final

1. Hemos visto que San Ignacio atribuía cierta importancia básica, como supuesto o constitutivo necesario para la mayor eficacia del apostolado de la Compañía de Jesús, la preparación en las «letras» a fin de que la transmisión del mensaje y llamado de Cristo fuera más eficaz, mejor recibido y de un fruto más universal.

Ello parece ser resultado de la intuición total de San Ignacio, tanto por su capacidad natural de captar el panorama total de la historia de la salvación del hombre por Cristo, como por las gracias sobrenaturales que recibió en el momento de su conversión y que culminaron en las inspiraciones místicas de Manresa.

Me permito interpretar este factor importante, en la claridad de la visión del fin de la Compañía y de la importancia de las «letras» entre los medios para mejor conseguir ese fin. San Ignacio comprendió la función de las letras y de la ciencia y del saber en el hombre. Quiere ayudar al hombre a conseguir su fin en su actual realidad histórica sobrenatural de la salvación del pecado por Cristo. Pero, para ello miraba al hombre en su propio ser natural, como lo indica la primera palabra de los Ejercicios en el principio y fundamento «El hombre es creado.» Ahora bien, el hombre es tal porque tiene la capacidad de saber y de amar, pero para amar debe saber y saber que sabe.

El saber de una cosa exige un saber desde la unidad. Tener una cierta

visión de totalidad entre los muchos conocimientos que constituyen y diversifican los objetos. Ello por una exigencia ontológica de coherencia, es decir, de unidad en la misma multiplicidad de elementos.

2. Esta exigencia de la unidad de los conocimientos, en medio de la multiplicidad de los mismos, responde a la realidad de los seres, los cuales ónticamente, aunque distintos, están a su vez relacionados, formando una «unidad cósmica» en la que el hombre se halla inmerso, y, en la cual debe cumplir la aspiración de su ser por el saber y el amor. Es decir, el hombre va siendo más sí mismo por su saber, conciente de sí mismo y de la realidad de que forma parte. Va siendo más hombre, sabiendo más. El ser y el saber van aquí unidos.

3. La unidad de las ciencias y de las letras, exigida por la sabiduría humana, acerca del cosmos y del hombre, se ve abierta a la sabiduría cristiana del cosmos y de la historia. El hombre siente nuevamente la exigencia ontológica de una comprensión *unitaria* (intuición de la unidad de la ciencia y la fe por integración o síntesis, que no anula ni una ni otra).

4. En la realidad histórica actual, Cristo, por la encarnación y redención, es el punto del encuentro de esos mundos de naturaleza y gracia, historia y trans-historia, a los que el hombre ahora pertenece para realizarse y salvarse. Por Cristo la historia humana temporal aparece con sus raíces desde la eternidad y mirando a su plenitud también en la eternidad.

5. San Ignacio tuvo la intuición humana y cristiana de este hombre nuevo en Cristo, recibió la iluminación e impulso de la gracia, e intuyó un camino concreto en que se realizaba la unidad del ideal humano total. La toma de conciencia está abierta a todo hombre y a todo el hombre. El cristiano la recibe al ser adoctrinado en la fe y al creer en Cristo.

Pero, la elaboración de su significado y de la profundidad del valor que la fe en Cristo significa para el hombre, se amplía y se aclara por el análisis y la reflexión metódica de la doctrina contenida en la palabra revelada de Dios. Es el conocimiento que llamamos la ciencia cristiana,

a la cual colaboran todas las ciencias del hombre, logrando así una mayor clarificación de la fe. Las ciencias, si siguen su verdadero camino, han de conducir a la fe y ésta, a su vez, ha de ayudar a la ciencia para que conozcan mejor su camino y su objetivo total. Es el entendimiento que busca la fe y la fe que busca el entendimiento:

San Ignacio, en los ejercicios, nos abre la trayectoria total del hombre, desde el principio y fundamento hasta la contemplación para alcanzar amor, pasando por el punto central de la trayectoria humana, que es el llamamiento del Rey Eterno, Cristo, para que le sigamos en la doctrina y en la vida.

Por eso, en cierta manera, el apostolado intelectual es de fundamental importancia para Ignacio: En primer lugar, porque aclara al hombre la conciencia natural de sí mismo y de su posición en la historia de salvación por Cristo.

También, porque todas las ciencias ayudan a comprender mejor la totalidad del mensaje de Cristo.

Además porque el conocimiento científico auténtico merece siempre ante el hombre admiración y respeto y siempre valoriza las enseñanzas cristianas que se ven confirmadas por la experiencia humana que el hombre puede alcanzar.

Finalmente porque la verdadera ciencia es ante todo, provechosa al sujeto de la misma: el sabio, el hombre, el científico. Por cuanto el saber constituye una realización de la esencia del hombre, una mayor plenitud de su ser. A mayor saber más ser y más alta dignidad humana. Y porque San Ignacio quería para la Compañía hombres valiosos, eminentes en el mayor grado posible.

Final

Para terminar estas reflexiones sobre el apostolado intelectual en la Compañía de Jesús y esta referencia a la unidad de las ciencias y a la convergencia a una totalidad coherente de nuestros conocimientos científicos del universo y, en fin, la posición del hombre entre la ciencia y la fe, nada mejor que recordar el mensaje de S.S. Juan Pablo II, dirigido precisamente al P. Director del Observatorio astronómico vaticano, con ocasión del 111^o centenario de la publicación de los «Philosophiae

naturalis principia mathematica» de Newton. La ocasión inmediata era la realización de una conferencia de científicos y teólogos sobre «Nuestros conocimientos de Dios y de la naturaleza: física, filosofía y teología» tema, como dice el Papa, crucial en el mundo contemporáneo.

Después de recordar que la Iglesia y la Academia pontificia de ciencias están mutuamente comprometidas como instituciones diversas, pero importantes, en el ámbito de la civilización humana y de la cultura mundial, nos dice con clara referencia a la unidad de todas las cosas, lo cual es la base de la unidad de nuestros conocimientos, unidad del ser y del saber:

«El centro de esa unidad es Cristo», nos dice el Papa, recordando la frase de San Pablo «porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo mismo» (2 Co. 5, 19). «Evidentemente, existe la visión de la unidad de todas las cosas y de todas las gentes en Cristo, activo y presente en nuestra vida diaria -en nuestros conflictos sufrimientos, alegrías y búsquedas-, que es el asunto central de la vida y testimonio de la Iglesia.» (p. 11)

Y respecto de las ciencias, continúa refiriéndose a la comprensión unitaria del universo y del hombre como centro de la creación. «También las disciplinas científicas, como es obvio, nos dotan de una comprensión y apreciación de nuestro universo como una totalidad, y de la increíblemente rica variedad de procesos y estructuras complicadamente relacionadas que constituyen sus componentes animados e inanimados. Este conocimiento nos ha dado una mayor comprensión de nosotros mismos y de nuestro humilde pero exclusivo papel dentro de la creación.» (p. 11)

Y coloca el Papa a Cristo como la base de esta unidad y a los hallazgos de la ciencia contemporánea como reflejándola y reforzándola. Esta *unidad de todos los seres en Cristo* refleja y explica la interrelación entre la ciencia, la filosofía y la fe, que no consiste, en el orden del ser como en el conocimiento, en una confusión de los seres entre sí y con Dios, y del orden natural con el orden sobrenatural, porque respeta cada uno de esos órdenes, pero forma una verdadera y coherente «totalidad» que muestra alguna estructura común.

Escuchemos las expresiones profundas del Pontífice: «La comprensión se logra cuando los múltiples datos se unifican mediante

una estructura común. La unidad ilumina la multiplicidad, y da sentido a la totalidad. La simple multiplicidad es el caos; una intuición, un simple modelo, pueden estructurar ese caos haciéndolo inteligible. Nos movemos hacia la unidad cada vez que buscamos el significado de nuestra vida. La unidad es también la consecuencia del amor.» (p. 14)

Siempre el centro de esta gran unidad es Cristo, como recuerda Juan Pablo II, repitiendo otra vez las palabras de San Pablo: «*de modo que todas las cosas fuesen recapituladas en Cristo.*» (Cfr. Ef. 1, 10)¹⁹

Creemos que la intuición ignaciana de esta profunda unidad de todos los seres en la historia de la salvación iluminó al Santo Fundador para poner, como base necesaria del apostolado de la Compañía de Jesús, las letras, el saber, el saber pleno cristiano. Este refleja la unidad del ser en todas las cosas, pero sobre todo en el hombre, porque en cada hombre, en cada uno de nosotros, sobre todo en los jesuitas, se debe alcanzar el fin para el que es «creado», realizando la unidad del ser y del saber, a imagen y semejanza de su creador, siguiendo lo más de cerca posible el llamado y la vida de su Redentor.

Notas

1. Facultades de Filosofía y Teología, San Miguel, Catálogo de la exposición bibliográfica internacional dedicado a la Filosofía del S. XX. Preparado por el Instituto bíblico teológico, Universidad de Buenos Aires. Prefacio de Ismael Quiles, S.J. Buenos Aires, Peuser, 1952, 466 págs.

Facultades de Filosofía y Teología, San Miguel, *Muestra bibliográfica de la filosofía católica y de su posición en la filosofía universal* Catálogo «Fascículos de la Biblioteca» N° 5, Año III. Vol. II, Fasc. 2, Buenos Aires, octubre 1939, 250 págs.

2. San Ignacio de Loyola, *Obras Completas*. Madrid, BAC, 1982.

3. *Ibid.* p. 435-439.

4. *Ibid.* p. 444-628.

5. *Ed. cit.*, p. 435-436, IV, c. 11.

6. *Ibid.*, N° 5, p. 439, IV, c. 11.

7. *Ed. cit.*, p. 538, IV, c. 11.

8. *Ed. cit.*, N° 1, 2 y 3, p. 539-540.

9. Ibid., c. 12, N° 8, p. 539.
10. Acta Romana S.J., p. 1010- 1011.
11. Ricardo García Villoslada, S.J., San Ignacio de Loyola, nueva biografía, Madrid, BAC, 1986, p. 300. Son al respecto de sumo interés los capítulos dedicados a la admirable actividad de S. Ignacio fundando colegios y universidades.
12. García Villoslada, O.c., p. 902.
13. O.c., p. 877.
14. De dignitate et aymentiis scientiarum, Lib. VI. c. 4.
15. Furlong, Guillermo, *SJ. Los Jesuitas y la cultura rioplatense*, Buenos Aires, Universidad del Salvador, 1984. Pero, sobre todo, su obra monumental en 4 volúmenes, *Historia Social y Cultural del Río de la Plata*, (1576-1610). Buenos Aires, Tea, 1969.
16. Citado por Patricio Laura en «*Los jesuitas y su contribución a la ciencia físico-matemática*», La Prensa, Bs. As., 7-4-1989; p. 11.
17. Sobre Mateo Ricci ver, W. Gardini, *El Cristianismo llega a China*, Ed. Guadalupe, Buenos Aires, 1983. Excelente síntesis sobre Ricci en c. 3: La mediación cultural del P. Mateo Ricci, págs. 45-61, con breve bibliografía específica sobre Mateo Ricci.
18. Ver Gardini o.c. p. 55-57.
19. S.S. Juan Pablo II. Mensaje dirigido al Director del Observatorio Astronómico Vaticano, con fecha 1-VI- 1988. L'Osservatore Romano 12-11-1989. Reproducido por D.A.C. Documentos de actualización católica. Universidad del Salvador, Buenos Aires, mayo-junio 1989.